

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA TRAGEDIA DEL PAYASO.

Por Federico Villoch.

DESDE que los circos ecuestres modernos suspendieron —en pro de la cultura y la civilidad, dicen—aquellas antiguas y graciosas pantomimas con que terminaban sus espectáculos, puede decirse que éste ha perdido uno de sus principales alicientes. Por lo general, era el héroe y protagonista más simpático de ellas, el payaso, quien a lo último recibía la paliza y los vejigazos de sus compañeros, o disfrazado de vieja cascarrabía echaba a correr a todo alrededor de la pista, entre las rechiflas de la chiquillería, con una larga estopa encendida y amarrada por detrás a los bajos del vestido; el espectáculo circense descansaba entonces en cuatro números básicos: el japonés malabarista; la ecuyere con su caballo blanco; la pantomima fin de fiesta; y el payaso, éste sobre todo. El payaso era el tenor del circo que llevaba la parte más significativa y vistosa de la función, de tal modo, que a los viejos que perduraron en nuestra memoria, se les recuerda y cita como a Gayarre, a Aramburo, a Caruso y otros dioses penates del bell canto.

En nosotros, a quienes no nos hacen reír ya ni los chistes, ni las gracias de ningún autor, ni actor cómico, porque pertenecemos a la clase y conocemos sus trucos, las salidas, boberías y gansadas de los payasos de circo, provocan, en cambio, el más sincero regocijo y la más franca y ruidosa carcajada. No todo el mundo puede ser payaso. Este posee una estructura y una mentalidad especialísima que es lo que le constituye su público, que acaba por ser en general, la totalidad, del que acude a los espectáculos circenses: al principio, el grave espectador hace un mohín de desagrado ante la chocarrería del clown; después, concede, y se sonríe seco y correcto; y al fin, acaba por reírse a toda boca, con toda el alma, ahogándose en la fuerte tos que ello le produce: el que no acaba por aceptar al payaso, como a buen amigo, y no se ríe de sus cosas, cuanto antes debe de acudir a la consulta de su médico... como en el conocido caso del gran Garrick.

Con los payasos sucede lo mismo que pasa en Francia, sobre todo, en París, con los artistas escénicos. En Cuba y en España abundan los cómicos malos que es una maldición del cielo, porque todo el mundo, con o sin facultades para ello, «quiere ser cómico», como el del artículo de Larra; y a que quieras o que no se propone ganarse la vida en las «tablas» —tan fácil que les sería meterse a carpinteros— y el público, por benevolencia nativa, los acepta, los pasa, haciendo que crezca por día el número de los actores fúnebres y pesados que infectan nuestra escena; pero en Francia, como dijimos, se

lleva una silba tormentosa, sino una buena paliza, todo aquel que sin mérito lo intente, acabando por dejarle la escena a aquellos que Talía escogió y distinguió para su gloria, y que nacieron con ese don celestial especialísimo: de ahí ese cómico que nada más de salir a escena, conquista ya el agrado del auditorio; el payaso que nada más con decir: «Respetable público», provoca la carcajada del mismo. Desde ese momento, ya todo lo que el payaso diga o haga durante la función, es aceptado. Porque como ustedes tienen sabido «más vale caer en gracia, que ser gracioso»...

De niños recordamos a aquel payaso yanke, Mr. Ricardo Bell, que hacía las delicias del público habanero, en el circo de los hermanos Horrín o de Loande, en la gran carpa que a principios de diciembre levantaban todos los años esos empresarios en la esquina de Monte y Cárdenas, donde después de los años mil había de fabricarse la casa que la República Cubana regaló a su «Papa Libertador», el general Máximo Gómez. Ricardo Bell era verdaderamente genial. También trabajaba de payaso en aquel circo, y después en el de Castor Lena, el que había de graduarse en su día coronel empresario en las lides circenses, el inolvidable Santiago Fubillones, que era además un acróbata y barrista de primera fuerza. Como Mr. Bell era americano, y hablaba el español «chapurriado», Pubillones, su sucesor, tuvo que hablar lo mismo; aparte de que como se ha convenido ya en que los payasos tienen por fuerza que ser ingleses o yanquis, aquí, en Méjico, en España y en las Repúblicas Sud Americanas, el clown tiene que hablar forzosamente de este modo para caerle al público en gracia y no desmentir, sobre todo, su origen aunque, como muchos que hemos aplaudido y reído, hayan visto la luz en el poblado de Seboyucal o en la Siaguanea...

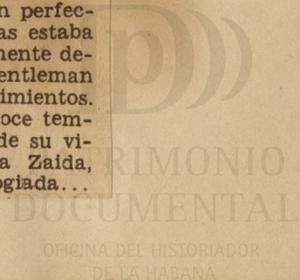
Nada más chistoso en aquel tiempo, para la tropa infantil, como, después del fuerte y prolongado redoble de las cajas, ver salir al payaso en apresurada carrera hasta el centro de la pista, y preguntar en español de los caballitos al jefe de ella:

—¿Cómo estás tu, señor Poubillones?

En los primeros tiempos del señor Pou-

billone, hacía las delicias del público habanero aquel inolvidable payaso alemán Banasck, que era campanólogo, violinista, acordeonista y tocaba en fin, con perfección varios instrumentos, mientras estaba haciendo sus ejercicios. Personalmente decía Pubillones que era correcto gentleman y un hombre de generales conocimientos. Trabajó con él cerca de diez o doce temporadas. El orgullo y la alegría de su vida, era para Banasck su hijita Zaida, también como él artista muy elogiada...

*Circo
ecuestres*



2

A Banasck, en el orden de fecha y de méritos, siguió el payaso Pito, que era braslero, y al que se le llamaba Pifo por el gracioso juego que hacía de esos instrumentos, llevando varios ocultos en los bolsillos, para cuando Pubillones le quitara alguno, sacar en seguida otro, diciéndole: —Yo tengo otro pito. Y con Pito alternó muchos años el hazmrreir de la chiquillería habanera, imprescindible en las temporadas de Pubillones; el enano negrito Chocolate, ya hoy cargado de años y que se extingue víctima de la im placable tuberculosis allá por las lejanías del barrio de Columbia, ocupando después el lugar de ambos en la pista, Pepito, puede decirse el sucesor de Pito, magnífico clown musical que actualmente trabaja con Blacamán y sus leones. El pobre Pito falleció bastante mal de recur sos, hará unos dos o tres años, dejando dos bellas y virtuosas hijas, Edelmira y Carmelita, que trabajan de artistas en los teatros. Toto, el gran payaso americano, amenizó durante largas temporadas los programas de Santiago Pubillones, y también trabajó en actos de variedades de Albisu y después en Lara—Consuldo y Neptuno—cuando eran empresarios de este teatro Regino López, su hermano Pi-

roló y el gran escenógrafo Miguel Arias. Escribimos cogiendo al aire los recuerdos, quiere decirse, no sujetándonos a un estricto orden cronológico. Las temporadas ecuestres, por la misma uniformidad de sus programas, llegan a confundirse y no se podría decir con precisión cuándo vino este clown y cuándo el otro a no ser que la empresa, dados sus méritos y la aceptación que hace de ellas el público, se vea obligada a sostener un mismo payaso largo tiempo, quedando, como aquel que dice, de plantilla en la nómina, o teniendo que contar con él como miembro inseparable e ineludible de la familia circense que amparan y garantizan las empresas con su acreditada firma como Santiago Pubillones, Santos y Artigas, etc. No obstante el crecido número de temporadas de circo que se han llevado a efecto en la Habana, sólo pueden citarse como fijos, cuatro o cinco clowns a lo sumo en sus programas; y los demás, aunque muy buenos y aplaudidos, se escapan y borran de los recuerdos del público: vamos pues a recordar los principales que en una y otra empresa han trabajado.

Miguel Romero fué un clown de primera fuerza, cubano, gran atractivo de las temporadas de Pubillones, payaso campeón de bailes, en los que aun se luce a pesar de los ochenta años cumplidos que ya tiene; en la actualidad es empleado de Trinidad y Hermanos, y acude a algunos beneficios, conquistando aplausos tan entusiastas como los que en sus mejores tiempos obtuviera. También merecen ser citados en esta lista de payasos de la Habana, que llamamos así, no por ser nativos de ella, sino porque en ella trabajaron con notable éxito: Torany Fe-

randi, con Pubillones; el enano Tony, con éste y Santos Artigas, en la actualidad de tournée por Sur América. Pirrin, excelente clown musical, mejicano, muy aplaudido; Pitico y Melo, solicitados en las soirés y fiestas de rumbo por sus brillantes ejercicios y amenos diálogos; el popular Cheret, que presentó Santos y Artigas en varias temporadas, famoso por las caras extravagantes que ponía a causa de faltarle la quijada inferior que sustituía con un aparato de plata, valiéndose de él para realizar aquellas transfor-

maciones faciales que hacían morir de risa a los muchachos. Felip y Vicente, pareja de clowns española-itala, grandes malabaristas, equilibristas y musicales de primera fuerza, muy aplaudidos como repentistas en la rapidez y espontánea creación de chistes, a estilo del gran payaso americano Ricardo Bell, que en ello era una especialidad. Titi, enano graciosísimo que con su diminuto cuerpo hacía unas contorsiones maravillosas, y que murió hace años. Pompo y Thery, payasos españoles, muy aplaudidos y creadores de unas entradas en la que sostenían el diálogo con frases musicales de operetas y zarzuelas conocidas y popularizadas, como por ejemplo, uno de ellos preguntaba:

—¿Usted qué hacía en España?

Y el otro contestaba cantando:

—Yo he sido el mejor torero...

—¿Tiene usted hijos?

—Yo tengo un chiquitín
que se llama Nicolás...

—¿A dónde va usted ahora?

—Me voy para Puerto Rico
en un cascarón de nuez...

—De las damas que hay en el circo
¿cuál es la que le gusta más?

Me gustan todas
me gustan todas
en general,
pero las rubias
pero las rubias
me gustan más...

Entre los modestos, aunque también aplaudidos, incluyamos a Cebollita, Gallito, Palomita, Cucuchino y otros que trabajan en los circos de segundo orden. En la actualidad comparten los favores del público, en Santos y Artigas, el criollo Guerrerito, compañero del popularísimo y muy simpático Polidor. Polidor es natural de Francia, de padre francés y madre italiana; y hermano de aquel célebre Polidor de las antiguas películas silentes de Pathé que tanto le gustaban al público, sobre todo en la comicísima colección «Los Aprendizajes de Sánchez», que le dió motivo al inolvidable periodista Rafael Conte para crear su chistosa sección «Me vinieron con payasadas, y me fui. Y ahora estoy mucho mejor». Polidor tiene gracia y simpatía personal, y es muy ocurrente y oportuno en sus

3

chistes y sus creaciones, siempre nuevas y originales, y sus diálogos con Guerrero son frescos, ligeros, movidos. Entre las últimas ocurrencias de Polidor tiene una que es verdaderamente, vamos a calificarla sin temor de equivocarnos, genial: la de sacar a la pista en su primera aparición de la noche, una maleta estropeada y desarrapada, en cuya panza de cuero viejo se lee, escrita con tiza, esta cifra simbólica que centellea en la imaginación de los siboneyes, sobre todo en la de los que han de manejarla, y que tiene intriguado al público del **Gran Circo Cubiche:**

\$50.000.000.

Dijimos que no todo el mundo puede ser payaso, y con efecto, un actor cómico de buen cartel conocimos, y también le conocieron ustedes, que, en una de esas frecuentes varaduras de la carrera, se metió a payaso, funcionando en una de las últimas temporadas de Antonio Pubillones, el sobrino de Santiago. Con todo su talento, que no era escaso y su buen deseo, que no le faltaba, fracasó por completo en la pista. Le perjudicaba su habilidad literaria, mediante la cual acostumbraba obsequiar a los espectadores frecuentemente con monólogos y composiciones cómicas en verso que se salían del circo y no causaban el mejor efecto en el público: artes opuestos en un todo, el actor y el payaso; el autor dramático y el hombre de letras. Hoy se ha sustituido al jefe de pista, que solían serlos los propios empresarios, y uno notable en el «papel» fué Santiago Pubillones, a quien imitó, bastante acertadamente su sucesor, su sobrino Antonio; hoy se ha sustituido dicho jefe por el locutor moderno, el cual no necesita poseer una voz clara y fuerte como la que tenían sus antecesores, porque para eso los ayuda el salvador micrófono que ha creado y dado vida a tantos oradores afónicos.

Pocos son los payasos que arribaron a la vejez o a su decadencia en una situación económica desahogada. Los más, con raras excepciones que podrían contarse con los dedos de una sola mano—y sobran dedos—han sucumbido a la parálisis, a la tuberculosis, a la extenuación, a la miseria, al olvido, mal éste que causa en el espíritu mayores estragos que la más cruel enfermedad física en el cuerpo. Guardémos con silenciosa piedad el nombre de esos clowns de gloriosa memoria que hemos conocido y aplaudido. Con mayor o menor intensidad todos han experimentado al fin sus respectivas tragedias. De las innumerables que con frecuencia se desarrollan en el circo, ninguna más pa-

vorosa que aquella que una noche sacudió el alma del clown Banasck, que ya mencionamos, viéndolo estrellarse en la pista del Gran Circo de la Ciudad de Méjico a su hijita Zaida, en el momento en que realizando uno de aquellos arriesgados ejercicios que tantos aplausos le valían, saltaba de un trapecio al otro...

Ríe, payaso, ríe... No; el infeliz Banasck ya no rió más en su vida; ni apareció más nunca en la arena del circo; y llevó todo el resto de su existencia reflejado aquel dolor inmenso en su alma y en su rostro. ¡Terrible e injusto castigo del hado, contra un ser cuyo único delito consistió en hacer reír a los hombres; y, sobre todo, a los niños!

Quando hace un buen número de años, en la carpa que al comienzo de la temporada invernal levantaba Santiago Pubillones en los solares de su propiedad, en Neptuno y Monserrate, relamos las gracias y aplaudíamos las habilidades del notable clown alemán Banasck, entonces en plena dicha y bienestar, ¡qué lejos estábamos de imaginar que un día, con motivo de la terrible muerte de su hija Zaida, en un circo de Méjico, habría de ofrecernos asunto para escribir esta vieja postal descolorida: **LA TRAGEDIA DEL PAYASO!**

*Dm
Con 12/41*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA